***Tiempo de inocencia* de Carme Riera: Una mirada nostálgica**

د/ هبة محمد إبراهيم عبداللطيف

مدرس بكلية الآلسن – جامعه المنيا

Resumen

Tiempo de inocencia, 2013, de Carme Riera es una obra literaria en la que la nostalgia juega un papel central en la construcción de la identidad de la narradora. A través de una mirada reflexiva hacia su pasado, la autora utiliza los recuerdos de la infancia y las experiencias familiares para explorar los vínculos entre el individuo y su entorno social y cultural. La nostalgia, lejos de ser un simple anhelo del pasado, se convierte en un recurso narrativo que permite a la narradora reflexionar sobre los cambios en su vida y en la sociedad, al mismo tiempo que honra su herencia y la historia de quienes la precedieron. Este estudio busca analizar cómo la mirada nostálgica en *Tiempo de inocencia* no sólo contribuye a la comprensión de la identidad personal, sino que también enriquece la percepción de la evolución social y cultural a lo largo del tiempo. A través de esta investigación, se pretende profundizar en el uso de la nostalgia como herramienta narrativa que Carme Riera emplea para construir una memoria colectiva y personal que conecta el pasado con el presente.

Palabras claves

Carme Riera -*Tiempo de inocencia*- La nostalgia- La identidad

Introducción

Tiempo de inocencia, 2013, es una de las obras más representativas de Carme Riera, autora contemporánea española conocida por su habilidad para plantear temas de identidad, memoria y nostalgia. En esta novela, Riera invita al lector a un viaje íntimo a través de los recuerdos de la infancia y la adolescencia de la protagonista, mostrando cómo estas vivencias participan en la formación de su identidad y cambian su visión del mundo.

La nostalgia en *Tiempo de inocencia* se manifiesta como un recurso narrativo que permite a la narradora presentar una visión profunda sobre los cambios que cambiaron su vida y su entorno social. Además, la narración se desarrolla en un contexto marcado por significativos cambios socioculturales de España, lo que añade una complejidad a la experiencia nostálgica, destacando cómo estos cambios en la sociedad han influido en la vida cotidiana y en la percepción individual. Y permite que la nostalgia no se entienda simplemente como un anhelo de tiempos pasados, sino como un medio para reflejar las complejidades de la identidad personal.

De este modo, este estudio tiene como objetivo analizar cómo Carme Riera utiliza la nostalgia como un recurso literario fundamental para enriquecer la trama, así como, para establecer una relación entre los recuerdos de la narradora y su entorno, mostrando la capacidad de la nostalgia en conectar el pasado con el presente y su papel en la construcción de una memoria personal y colectiva.

Para alcanzar esta meta, llevaremos a cabo a un análisis de varios aspectos relacionados con la nostalgia como: la nostalgia hacia personas, costumbres y espacios físicos concretos; la nostalgia y la construcción de la identidad; y la nostalgia y la herencia sociocultural.

1- La nostalgia como concepto

La nostalgia, inicialmente, puede definirse como un sentimiento o emoción producto al recordar con añoranza momentos, lugares, personas o experiencias del pasado, especialmente aquellos que se perciben como ideales, felices, perfectos o significativos. A menudo, la nostalgia incluye un deseo de volver a ese tiempo pasado, ya que la persona siente que esos momentos fueron mejores o más simples que el presente. Este sentimiento puede estar acompañado de una mezcla de alegría por lo vivido y tristeza por su ausencia en el presente, según El diccionario conciso de psicología (2010), la nostalgia es:

Anhelos de regresar a un período o condición anterior de la vida que se recuerda como algo mejor en algún sentido que el presente. 2. Anhelos de regresar a un lugar con el que uno se siente vinculado emocionalmente (p.ej. la casa o la tierra natal)

Allí se añade, que la nostalgia, debido a su relación con el tiempo, no radica únicamente en recordar de un pasado real, sino de cómo lo reinterpretemos en el presente. Se puede decir que, no sólo pensamos en lo que ciertamente ocurrió, sino también en lo que pudo haber sucedido, pero no sucedió. Es como si, al mirar atrás, comparáramos lo que vivimos con las otras posibilidades que teníamos en ese momento, pero que no se realizaron. Así, reconstruimos el pasado de manera idealizada, mezclando recuerdos reales con esas oportunidades que nunca llegaron a concretarse, según las palabras de Darío Rodríguez en su artículo titulado “Acerca de la nostalgia”:

El fenómeno de la nostalgia se encuentra estrechamente relacionado con el tiempo, con la percepción de pasados. Es importante, sin embargo, considerar que no se trata necesariamente de un pasado histórico, fáctico sino de pasados posibles o -mejor dicho- de un pasado que es reconstruido en el presente de tal forma que la evaluación de determinados sucesos ocurridos se produce en la reelaboración presente de los presentes pasados en la medida de la posibilidad. En otras palabras, se produce una comparación de los sucesos pasados con las otras alternativas no actualizadas y que existían como posibilidad en el pasado (1990: p.14)

Al respecto, Rodríguez afirma que la nostalgia incluye múltiples dimensiones: una dimensión temporal que se refiere a la conexión con el pasado, una dimensión social vinculada a las relaciones personales, y otra dimensión material, según sus palabras: “se puede sentir nostalgia por situaciones, lugares, objetos” (1990: p.11). A partir de estos elementos, se crea un conjunto de posibilidades que da inicio a un proceso de reflexión profunda que nos permite reconsiderar y reconstruir el significado de nuestras experiencias pasadas, dando un nuevo valor a unas situaciones que inicialmente podían parecer dolorosas.

Las propuestas de Rodríguez indican que la nostalgia es un proceso de reconstrucción mental en el que el individuo revive momentos del pasado y proyecta desenlaces alternativos. Este mecanismo psicológico permite reflexionar sobre la propia historia personal, pero también puede ser interpretado como una forma de evasión de la realidad actual, ya que, las personas pueden refugiarse en recuerdos nostálgicos en lugar de enfrentar las situaciones difíciles en el presente: “La comunicación de la nostalgia es aquella que transmite una consideración temporal con un sentido diferente al que está definiendo el presente. Se traduce en una invitación a redescubrir las posibilidades del pasado negando las que fueron actualizadas” (1990: p.17).

Cuando la nostalgia trasciende lo personal y se convierte en un acto comunicativo, se provoca un cambio en el significado en la sociedad. Rodríguez se refiere a este fenómeno como “comunicación de la nostalgia” (1990: p.18), lo que significa que, los individuos utilizan sus recuerdos y anhelos no sólo para contemplar sobre su propio pasado, sino también para compartir y conectar con otros en un nivel colectivo.

En la dimensión social de la nostalgia, donde se entrelazan los recuerdos y las fantasías, las relaciones personales que ya no pueden revivirse adquieren un nuevo valor, esto puede convertir la nostalgia en una experiencia de soledad, pues, la ausencia de personas especiales deja un vacío que nos lleva a anhelar los momentos compartidos con ellas, lo que provoca un profundo sentimiento de melancolía por lo que ya no están, como muestra Rodríguez:

Se produce, por comparación, una sobrevaloración de las relaciones con personas ausentes en la que -como veíamos por el mecanismo de generación de la nostalgia- se complementa con la fantasía la falta de complejidad del recuerdo. También en este nivel se trata de reconocer que la relación social ausente tenía más posibilidades de las que fueron actualizadas y se lamenta el no haberlas agotado en su momento y no esta, aquí y ahora, en condiciones de hacerlo (1990: p. 19)

En línea con lo que afirma Rodríguez, quien destaca que los recuerdos tienen una estrecha relación no sólo con el contexto social o histórico, sino también con los lugares específicos, Navajas explica que la nostalgia por un lugar no se limita al espacio físico; es también el recuerdo vivo de las emociones y los lazos sociales que le daban sentido. Así, al idealizar el pasado, comparándolo con el presente, sentimos insatisfacción con nuestra realidad actual, y de alguna manera, rechazamos el presente porque no es como esperábamos. Esto hace que el lugar se convierta en un símbolo de un tiempo en el que nuestras vidas eran más simples, auténticas o significativas: “Un espacio percibido como más bello e íntimo que el actual pone de manifiesto por asociación un contexto humano que se consideraba como mejor porque provocaba la emergencia de cualidades que se han extinguido hoy” (1996: p. 52)¹.

En este sentido, otro aspecto fundamental son las memorias de la infancia. Muñoz señala que los recuerdos de la niñez suelen ser idealizados por la memoria, que actúa como un filtro que embellece las experiencias pasadas, transformando las realidades en fantasías que, a su vez, se

¹ Navajas (como se citó en Muñoz, 2007).

mezclan con lo que realmente ocurrió. Sin embargo, no debemos olvidar que la infancia tiene un impacto profundo en la formación del individuo, y muchas de las acciones que se recuerdan no son necesariamente positivas. En situaciones difíciles como guerras, dictaduras o entornos familiares violentos, las personas viven traumas profundos que dejan una marca perdurable en sus vidas. En este sentido, la narrativa de la nostalgia se considera en una herramienta clave para entender esas vivencias tan complejas:

Los recuerdos de infancia son ennoblecidos por la memoria, cuyas trampas disfrazan de fantasías las realidades y de realidades las fantasías. Sin embargo, la infancia también determina al individuo, en el plano de las experiencias negativas y un contexto de guerra o dictadura o una circunstancia de agresión en el ámbito privado, manifestarán su grito de discordia en el acto conmemorativo. [...] Por este concepto, pueden esbozarse las implicaciones de la nostalgia asertiva, vinculada siempre a ese cariz de recuerdo “doloroso. (2007: p.19)

En el mismo contexto, Carme Riera, en la introducción de la obra, *Tiempo de inocencia*, alude a la compleja dualidad de la nostalgia, señalando su lado oscuro, capaz de causar sufrimiento y una sensación de vacío. No obstante, Riera también reconoce el potencial creativo de la nostalgia: al transformar el dolor en palabras, tenemos la oportunidad de otorgar un nuevo significado al pasado y encontrar un sentido a nuestras pérdidas: “La nostalgia, intrínseca a la condición humana, puede convertirse en un arma letal, una bomba debajo del brazo a punto de explotar, o en una herramienta extraordinariamente creadora. Inventamos la literatura para escribir sobre cuánto hemos perdido” (p.10) ².

Cabe decir que este fenómeno de la nostalgia es evidente en la literatura, donde los autores comparten sus vivencias nostálgicas para conectar con el lector y promover una reflexión sobre el pasado. En particular, en la narrativa española de finales del siglo XX, donde los escritores reinterpretan la historia cultural y social de su país, estableciendo un puente entre el pasado y el presente que contribuye a que las comunidades comprendan mejor su identidad y su realidad contemporánea.

Así que, en las siguientes páginas, analizaremos diversas dimensiones de la nostalgia en *Tiempo de inocencia* de Carme Riera. A través de su obra, la autora presenta la nostalgia hacia las personas y los espacios físicos, así como sobre su propio proceso de formación de identidad y la crítica social que aparece de sus recuerdos.

2- La nostalgia hacia personas

En *Tiempo de inocencia*, Carme Riera refleja profundamente la nostalgia hacia las personas, un sentimiento que se manifiesta en las relaciones de la protagonista con aquellos que dejaron una huella en su vida. Este anhelo por personas significativas no sólo revive recuerdos, también,

²A partir de ahora, sólo se mencionará el número de página junto a las citas de la novela *Tiempo de inocencia* de Carme Riera.

pone de manifiesto la influencia que estas personas tienen sobre su identidad y las decisiones que han dado forma a su presente.

Carme Riera utiliza la figura de su madre, entre otros, como un recurso fundamental para expresar la complejidad y la profundidad de la nostalgia hacia las personas. El recuerdo de la madre de la protagonista va más allá de la simple añoranza por la figura materna, pues, la autora no presenta a la madre como un ser querido perdido, pero como una influencia constante en la vida de su hija. La madre, retratada como un símbolo de belleza y perfección inalcanzables, encarna no solo un ideal físico, sino también una versión idealizada de lo que alguna vez fue en un tiempo que ya no existe. Esto se refleja en su recuerdo constante de las comparaciones que los demás hacían entre ella y su padre, a menudo resaltando que no había heredado nada de su madre: “De su madre no ha sacado nada, qué lástima”, y lo repetían a menudo con variaciones: “Esta niña es clavadita a su papá” (p.16).

Este contraste entre la belleza de la madre y la propia percepción de la autora de sí misma provoca un sentimiento de anhelo por no parecerse más a ella, sentimiento que se ve intensificado por el recuerdo de una fotografía de su madre: “Sobre el escritorio del despacho de mi padre hay una fotografía que contemplo embobada [...]. Es realmente muy bella. Sonríe desde 1947. Al mirarla me siento triste -tengo cuatro, cinco, seis, o siete años-, porque no me parezco a ella” (pp.16-17).

Esta fotografía va más allá de ser un simple objeto; se convierte en un símbolo de la herencia emocional y de la nostalgia de la protagonista. A través de las descripciones detalladas a esta imagen pequeña y recortada, la autora muestra la riqueza y complejidad de los recuerdos asociados a ella, transformando un recuerdo visual en una experiencia emocional intensa, también, destacan cómo estos momentos, aunque fugaces, llevan significados intensos y duraderos: “La fotografía no tiene ningún valor por sí misma. En cambio, sí lo tiene para mí por lo que me evoca...” (p.18).

En este caso, la foto de la madre funciona como un espejo emocional, que no sólo le hace recordar a su mamá, sino que también le lleva a reflexionarse quién es ella misma. La protagonista se siente insegura porque no cree ser tan bella o especial como su madre, y eso le causa un conflicto interno. Esto demuestra que la nostalgia no es un sentimiento simple ni se limita a la melancolía o la tristeza; también puede ser compleja, ya que nos confronta con nuestras propias dudas y miedos.

El paisaje culmina con la mención de la conexión física con su padre y las experiencias táctiles, donde se enfatiza que el sentido del tacto es el más profundo. Pues, la mano del padre no simboliza sólo la protección y la seguridad, sino también la calidez y la felicidad de una infancia plena:

Pocas veces en la niñez tuve, con tan exacta plenitud, la seguridad de sentirme protegida y amparada. El mundo cabía dentro de la palma de la mano derecha de mi

padre y su contacto lo volvía apacible, dulce, cercano y mucho más habitable. [...] La plenitud y la felicidad van ligadas de manera absoluta al tacto. En la mística de los sentidos el camino más profundo es el de la piel. (p. 19)

La nostalgia hacia personas, también, se manifiesta en la manera en que la narradora recuerda a sus tíos y el encanto que traían consigo, lo que contrasta fuertemente con su vida cotidiana en Mallorca. La llegada de los tíos a bordo de los cruceros se transforma en un evento excepcional, muy esperado, que rompe con la rutina y el aburrimiento de cada día: “Nos traían regalos y sobre todo referencias de un mundo que a mis ojos de niña resplandecía con un fulgor magnífico: en los lujosos salones del crucero, bajo la luminaria de las inmensas arañas, había baile todas las noches.” (p. 30). Así que, los lujos relacionados a los cruceros y los relatos de las fiestas despiertan en la niña una fascinación profunda y le ofrecen una ventana a un mundo de elegancia inalcanzable en su vida cotidiana: “Las señoras vestían con trajes largos, de seda, muaré, tafetán, guipures, lamés..., y los señores iban de esmoquin” (p. 30).

Además, al describir la preparación especial que la madre de la narradora realiza para recibir a los tíos demuestra cómo estos encuentros familiares no eran sólo eventos sociales, sino momentos cargados de significado emocional. El esfuerzo de la madre para organizar los menús y asegurar que cada reunión familiar fuera singular, casi como un rito ceremonial, refleja un fuerte sentido de pertenencia y tradición que es recordado con cariño: “Una semana antes del acontecimiento [...] casi siempre de cocina mallorquina” (p. 30).

Este aspecto de la nostalgia resalta cómo, al recordar esos momentos, la narradora no busca simplemente reconstruir el pasado tal como fue, sino encontrar un significado más profundo que haga que esos recuerdos sigan teniendo un impacto en el presente y lo utiliza como base para su obra literaria: “apuntaba en la primera página de la memoria aquella escena para usarla muchos años después en *La mitad del alma*” lo que refleja cómo esos recuerdos se fijan en su mente como piezas esenciales de su identidad y de su proceso creativo.

Del mismo modo, la tía Celestina se presenta como una figura clave en la vida de la protagonista, y la nostalgia hacia ella está profundamente marcada por su influencia emocional y su rol en la vida familiar. La nostalgia hacia la tía está conectada con una relación íntima y afectuosa que se remonta a los primeros años de vida de la protagonista, cuando los recuerdos son más formativos y poderosos: “Como yo, durante mis primeros años, dormía en su cuarto tuve con ella una relación mucho más íntima que con cualquier otro miembro de la familia, tal vez porque también era mi madrina” (p.32).

La tía Celestina es retratada como una persona profundamente generosa que antepone las necesidades de los demás a las propias, ella no sólo está dispuesta a sacrificarse, pero lo hace con alegría y entrega, por eso, se convierte en un punto de referencia para la protagonista, quien encuentra en el recuerdo de su amor incondicional un refugio de seguridad y afecto. A través de la mirada nostálgica de la narradora, la tía se mantiene viva en la memoria de la protagonista como un modelo de cuidado, protección y sacrificio, algo que le proporciona seguridad

emocional y le ayuda a definir su identidad a lo largo del tiempo, dejando una huella inolvidable en su memoria y su corazón:

Por nosotros, por mis hermanos y por mí, hubiera estado dispuesta a fer s'ullastre esbrancat, frase mallorquina que a menudo salía de su boca y que a mí me gusta usar para enfatizar la disposición de algunas personas a darlo todo en favor de los demás. (p. 32)

En un contexto donde la memoria juega un papel fundamental, la figura de la abuela se define como un pilar constante tanto en el entorno familiar, como en la vida emocional de la protagonista. Desde la perspectiva nostálgica de la narradora adulta, la abuela no sólo es quien toma la iniciativa para entender las inquietudes de la protagonista, sino también alguien que encarna estabilidad, cuidado y sabiduría, aspectos esenciales para una infancia segura y emocionalmente equilibrada: “Fue la abuela, que era la persona de la familia a quien yo tenía mayor respeto, la que intentó averiguar cuál era el motivo por el que no quería ir a costura” (p. 81). La abuela entiende que los miedos de la niña, aunque puedan parecer triviales a los ojos de los adultos, son reales y significativos en su edad. Por ello, aborda el problema desde la empatía y la seriedad, sin minimizar las preocupaciones de la protagonista: “Me dijo que tuvo que hacer esfuerzos por no reírse, lo que hubiera echado a pique mi confianza en ella” (p.81).

Podemos decir que las figuras de la tía Celestina y la abuela no son recordadas de manera simple o superficial, como si fueran personajes del pasado, pero son reinterpretadas a través de la mirada adulta de la narradora. Es decir, las mira con una nueva perspectiva, más madura, y eso le permite entender su influencia en su vida actual de una manera más profunda.

Asimismo, la figura del guarnicionero, Mestre Colau, es un claro ejemplo de la nostalgia hacia los personajes del pasado, ya que, su recuerdo trasciende el de un simple artesano hábil, presentándose como una figura significativa de una forma de vida que ya no existe. La nostalgia aquí sirve para contrastar el pasado con el presente, destacando las tensiones entre la tradición y la modernidad. La autora describe cómo el guarnicionero: “saludaba en cuanto veía que nos acercábamos a su taller que siempre, verano e invierno, tenía las puertas abiertas de par en par” (p.84), y su habilidad para hacer carteras con restos de sillas de montar muestra cómo los oficios tradicionales y las costumbres locales eran parte de la vida de la comunidad, algo que contrasta con la despersonalización de la vida moderna: “A comienzos del curso escolar el guarnicionero vendía carteras, de las que nosotros llamábamos d'anar a escola (ir al colegio). Las había confeccionado durante el verano también con los retales de las sillas” (p.84). Su figura representa una forma de vida más cercana y significativa, donde las relaciones humanas y las prácticas artesanales tenían un valor profundo.

En última instancia, la nostalgia hacia las personas en *Tiempo de inocencia* se convierte en una fuerza transformadora que permite a la protagonista integrar su pasado en su presente de manera significativa y profunda. Pues, cada figura mencionada representa fragmentos de un pasado que

sigue vivo en la memoria, influyendo en la manera en que la narradora se percibe a sí misma y al mundo que la rodea.

3- La nostalgia hacia espacios físicos

La nostalgia en *Tiempo de inocencia* está profundamente conectada con la rememoración de la infancia de la protagonista, ya que la narradora expresa su anhelo por los tiempos perdidos, a menudo están ligados a espacios físicos específicos. Estos lugares, llenos de recuerdos y vivencias, se convierten en símbolos de una época más simple y emocionalmente significativa.

Desde el comienzo de la novela, *Tiempo de inocencia*, la nostalgia hacia espacios físicos aparece como un elemento central a través de las evocaciones sensoriales y los recuerdos vívidos que transportan al lector la infancia de Carme Riera. La autora, a través de sus recuerdos, construye una visión nostálgica y casi mágica de Mallorca, presentándola como un paraíso perdido, reflejando su decepción por los cambios que la modernidad ha impuesto: el turismo masivo, la urbanización y el deterioro del paisaje natural:

Consustancial a cualquier paraíso es su pérdida, porque, de lo contrario, no sería un paraíso. También en la pérdida se fundamentan nuestras vidas. [...] Lo primero que perdemos es la infancia. La mía era sobre todo un vasto paisaje de olores y de sonidos desaparecidos para siempre jamás. (p. 11)

La autora utiliza detalles sensoriales para pintar una imagen nostálgica de su infancia, resaltando cómo la vida en ese tiempo estaba íntimamente conectada con la naturaleza y las tradiciones locales. La ausencia de estos elementos subraya el contraste entre lo que era y lo que es, destacando cómo el pasado adquiere mayor relevancia en la vida a medida que avanza la edad: “Con los años, vamos adquiriendo conciencia de que pesa mucho más el pasado que el porvenir.” (p. 11).

Carme Riera emplea la nostalgia para reflejar la relación entre los recuerdos de la niñez y la transformación de los espacios y las costumbres. La narradora describe una Mallorca de hace cincuenta años, donde los aromas, los sonidos y las tradiciones que reflejan una realidad profundamente marcada por la religión - configuraban un mundo rígido y restrictivo:

Para bien o para mal, más para mal que para bien, en mi opinión, la Mallorca de mi niñez era otra. Dejar constancia escrita de aquella época me ha permitido, en gran manera, recuperarla. [...] La Mallorca de hace medio siglo olía distinto y los sonidos, tanto los de la ciudad como los del campo, eran diferentes a los de ahora. (p. 9)

La nostalgia aquí, no es puramente sentimental, sino que también sirve como una crítica al cambio social provocado por la modernización que ha cambiado su tierra natal, ella describe cómo la isla, antes era un paraíso idílico, con “los rosales, flores de cera, peonías, margaritas, dalias, gladiolos, claveles de moro, hortensias” (p.9). Sin embargo, con el paso del tiempo, estos han dado paso a una vegetación más árida y desolada, representada por cactus hostiles y geranios marchitos: “unos pocos cactus hostiles de púas famélicas y algunos geranios con apenas tres o

cuatro hojas en las largas e impúdicas ramas requemadas” (p.9), criticando el impacto negativo de la modernización. Hasta tal punto de que los olores y sonidos del campo han sido reemplazados por elementos artificiales y contaminantes, lo que crea una imagen realista de un mundo rural perdido, cargado de nostalgia por una época más simple y auténtica: “Olores que el viento del presunto progreso se ha ido encargando de alejar de Mallorca al tiempo que nos iba acercando las nubes que venían de Chernóbil” (p.12).

También, la autora nos refleja claramente el contraste entre el pasado idealizado y el presente, enfatizando cómo la modernidad ha borrado gran parte de la esencia de su infancia. La llegada de elementos modernos, como la televisión, los Seat 600 y los desodorantes, se presentan como símbolos de un progreso que, si bien puede ofrecer comodidades, también ha llevado a la pérdida de lo auténtico: “Los más refinados olfatos, las pituitarias más sutiles acostumbradas a los perfumes de marca o a los caldos más deliciosos, soportarían con dificultad aquellos olores que, en especial durante los meses de verano, invadían mi infancia...” (p. 12).

Al mismo sentido, la referencia a la melodía de los jornaleros que simbolizan la vida rural y las tradiciones locales, contrasta con la pérdida de estas prácticas en un mundo que avanza hacia la industrialización y la urbanización e intensifica la nostalgia por un tiempo pasado más cercano a la naturaleza y las costumbres tradicionales.: “A los oídos me llega la melodía de la canción de los jornaleros. Una melodía que tiene la misma música que los suras coránicos. Pero entonces yo no lo sabía” (p. 12).

En este pasaje, otra vez, Riera describe con admiración cómo en algunos rincones de Mallorca, como Cala Tuent, los olivos crecen junto al mar, creando un paisaje único y lleno de belleza. Esta unión entre el verde de los olivos y el azul del Mediterráneo evoca la conexión entre la naturaleza y la cultura:

En algunos lugares de Mallorca, como Cala Tuent, vecina de la destruida Calobra, al igual que en la antigua Grecia, los olivos llegan hasta la orilla del mar, un prodigio que, uniendo a Minerva y Poseidón, nos recuerda que nuestra patria, como la de los griegos, es el Mediterráneo. El verde de los olivos se mira en el espejo azul de las olas. (p. 115)

Mas tarde, la autora menciona su propio nacimiento en Barcelona, un acontecimiento cargado de emociones contrapuestas de pertenencia y distancia. Y narra cómo su madre decidió dar a luz en Palma, donde estaba su familia, en lugar de quedarse en Barcelona junto a los parientes de su esposo: “Mi madre debía de sentirse más segura atendida por su hermano y rodeada por su familia y no por la familia de su marido, lejos de su casa y de los suyos” (p. 14).

Desde la perspectiva nostálgica de la protagonista, la casa familiar, en este caso la mansión, trasciende su dimensión física para convertirse en un refugio emocional cargado de significado, donde las vivencias cotidianas se entrelazan con las historias y los valores familiares: “La mansión, hoy catalogada como uno de los edificios señoriales más importantes del patrimonio artístico de Palma, inspira la casa que aparece en *La mitad del alma*” (p. 33). Las tardes en la casa de la abuela, aunque aparentemente monótonas; eran momentos que ofrecían una

oportunidad para la reflexión y la conexión emocional con tiempos pasados: “En las aburridas tardes de domingo, cuando me quedaba en el limbo del caserón familiar haciendo compañía a la abuela...” (p.144). La presencia del caserón familiar adquiere una dimensión simbólica que va más allá de su existencia como estructura física: “El caserón familiar, lleno de ecos y sombras, era como un refugio donde los recuerdos flotaban en el aire” (p.144), subraya la relación íntima entre el lugar y la identidad de la narradora, ya que en este entorno ella se sentía protegida y conectada a su pasado.

En el mismo terreno, la ciudad de Palma se convierte en un personaje más de la narrativa, con su geografía y su historia: “Nuestra casa está situada en el barrio viejo de Palma, conocido por Can Avall [...] Las referencias a Can Amunts y Can Avalls proceden de las luchas de las familias Anglada (Canamunt) y Rusiñol (Canavall)” (p.159).

La mirada nostálgica hacia Palma muestra un anhelo profundo por un pasado considerado más auténtico y lleno de vida, donde las descripciones detalladas de los comercios, edificios y calles ilustran cómo la comunidad estaba más conectada antes de la urbanización contemporánea. Este contraste con la naturaleza destaca cómo los cambios en la ciudad han dejado atrás elementos importantes de su identidad, invitando al lector a apreciar lo que se ha perdido, tanto en lo físico como en la esencia de la vida cotidiana:

La Palma de los años cincuenta tiene muy poco que ver con la actual. Es cierto que los grandes monumentos, la catedral, la Lonja, la Almudaina, los más emblemáticos, que escribiría un cronista, se han conservado igual que muchas casas señoriales, palpable demostración de que Palma fue y es una de las ciudades patrimonialmente más ricas del Mediterráneo... (p. 83)

La desaparición de ciertos conventos, como el de Santo Domingo, y la pérdida de lo que representa la tradición religiosa, no son meros recuerdos, pero actúan como vehículos emocionales que transportan a la protagonista de regreso a un pasado que lleno de rituales y significados religiosos. Estos recuerdos se transforman en símbolos de un mundo que, aunque ya no existe en la misma forma, sigue siendo una referencia emocional poderosa:

La Palma vieja era una ciudad de iglesias y lo sigue siendo. Pero todavía lo fue más antes de la desamortización, que acabó con varios conventos entre los que se encontraba Santo Domingo, de aciago recuerdo para los mallorquines de buena voluntad, [...]. De las iglesias de la niñez guardo un par de sensaciones muy vivas: el olor del incienso de las misas solemnes, el frío que hacía, sobre todo en la catedral, hasta que no era pleno verano y el silencio que lo envolvía todo predisponiéndote al misterio de la presencia divina. (p. 207)

Los aromas, también, juegan un papel fundamental en el desarrollo de la nostalgia dentro de la narrativa. La narradora describe cómo la tienda huele a una mezcla peculiar de productos que son capaces de transportarla y al lector a un tiempo y lugar específicos, cargados de emociones y significados personales: “El olor de Can Rasca era una síntesis de olores. El que se percibía al

entrar era un olor entremezclado: bacalao, cuerda, petróleo, olivas, esparto de alpargatas, que dominaba por encima del de la canela y el de los limones...” (p. 119). El hecho de que la protagonista prefiera esa mezcla de olores a perfumes más elaborados subraya cómo las experiencias sensoriales cotidianas pueden tener un significado más profundo que los lujos materiales, lo que nos refleja cómo los recuerdos nostálgicos no necesitan ser adornados o idealizados para tener un valor especial.

La tienda Can Rasca, con su café al fondo, se convierte efectivamente en un microcosmos de la vida social. Este espacio no sólo es un lugar de comercio, sino también un centro de encuentro donde la tradición y las relaciones humanas fortalecen. Los olores y objetos en la tienda, junto con el café donde la gente juega a las cartas, crean un espacio de continuidad, donde la vida del pueblo sigue igual a lo largo del tiempo:

Al fondo de la tienda estaba el café, desde el que se contemplaba el Teix, la montaña que protege el pueblo y, según Robert Graves, le transmite su magnetismo. Si te acercabas a las mesas donde jugaban algunos viejos a las cartas, al olor de aceitunas, esparto... (p. 119)

Al fin, podemos decir que la nostalgia hacia los espacios físicos en *Tiempo de inocencia* es un tema rico. A través de la descripción detallada de lugares como la casa familiar, las calles de Palma o los olivos de Cala Tuent, Carme Riera no sólo reconstruye un pasado marcado por los recuerdos infantiles, sino que también presenta la transformación de esos espacios y los cambios sociales y culturales que han cambiado la forma de la vida. También, utiliza los sentidos y los olores como herramienta narrativa para reflejar la intensidad de la experiencia vivida, haciendo que la memoria adquiera una influencia evidente en la formación de la identidad.

4- La nostalgia hacia costumbres

En *Tiempo de Inocencia*, Carme Riera presenta la nostalgia como un elemento central que se entrelaza con las costumbres de una época pasada. La obra se sitúa en un contexto donde las prácticas culturales y las tradiciones desempeñan un papel crucial en la formación de la identidad y en la construcción de recuerdos significativos.

La novelista ilustra cómo la protagonista recuerda con cariño una época en la que los rituales y las costumbres eran parte integral de la vida cotidiana, mencionando unos recuerdos de niñez, donde el tiempo no se medía con relojes, sino a través de elementos naturales y sonoras para marcar el ritmo de su día: “Los niños no acostumbábamos a mirar el calendario, como hacían los mayores, ni tampoco el reloj, porque ambas cosas pertenecían en exclusiva al mundo de los adultos” (p. 89). Además, las campanas de las iglesias desempeñan un papel central en esta estructura temporal infantil, ya que, su significado va más allá de la simple medición del tiempo, pero, actúan como rituales que organizan el día y la vida comunitaria, conectando a los individuos con un sentido de pertenencia y tradición: “Ahora que en Palma ya no se oyen las campanas, me doy cuenta de que mi niñez va ligada a sus diferentes toques” (p. 89).

La autora menciona, también, al anhelo de la protagonista a momentos como el de tomar el fresco en la calle, una práctica que ha desaparecido con el tiempo: “Cuando yo era pequeña la gente tomaba el fresco en la calle, una costumbre que ahora sólo se conserva en algún pueblo del interior de la isla, entre personas de edad” (p.164), mostrando cómo la vida moderna ha transformado las costumbres dejando atrás una tradición que hoy en día parece casi ajena.

En el mismo contexto, se presenta del Ram como un símbolo central de la nostalgia, representando no sólo una celebración de la niñez, sino también un anhelo profundo por momentos y lugares mágicos, lleno de atracciones y emociones que despiertan la alegría y la imaginación de los niños. Sin embargo, esta atmósfera festiva ya no se existe en la actualidad; en su lugar, se revive en sus recuerdos, destacando cómo la magia de la feria se ha transformado en una añoranza por lo que una vez fue:

No había nada mejor que ir al Ram. El Ram era nuestra feria por excelencia. Una feria con caballitos, autos de choque y una noria que te permitía llegar casi al cielo. [...] Pero el Ram era caprichoso. [...], nunca sabías si caería en marzo o a mediados de abril, porque dependía de Pascua y Pascua, de la luna. (p.175)

La narradora recuerda el Ram no sólo por sus atracciones, ya que la conexión emocional que establece con los objetos ofrecidos en la feria es igualmente significativa, porque esas figuras simbolizaban mucho más que objetos; representaban la alegría de la infancia y los momentos mágicos que vivió en la feria: “Lo que me atrajo como si fuera un imán fue una voz masculina[...]. El hombre, en un tono exultante, iba declamando las propiedades magníficas de su mercancía” (p. 179). Por eso, la protagonista siente un vacío en su interior al no poder reencontrarse con el vendedor en los años siguientes a la feria: “Creo que a Mallorca no debió de volver por lo menos durante los años en que yo le esperé, que fueron tres o cuatro” (p.181). Esta mezcla de recuerdos y deseos no cumplidos crea un sentimiento profundo de añoranza en la narradora.

Más tarde, en su vida adulta, la narradora vuelve a encontrar a un vendedor similar en una feria, ya que, la conexión entre su niñez y su vida adulta subraya el poder de la nostalgia: lo que buscaba en la infancia, era más que un objeto: era una experiencia y un sentido de maravilla: “La voz era más profunda, mucho más madura, con un deje melancólico, pero a mí me sonó tan mágica como la que había oído tiempo atrás en la remota niñez” (p.182).

En el mismo sentido, la autora menciona una época pasada en la que las visitas eran una práctica social habitual, resaltando su importancia en las dinámicas de conexión y prestigio dentro de la comunidad. La narradora recuerda cómo, en esos tiempos, estas visitas representaban una forma de conexión y prestigio, a diferencia del presente: “Tener muchas visitas era una marca de prestigio, aparte de una patente de información fidedigna” (p. 216). Lo que indica que estas visitas no son interacciones personales, pero representan un estatus social.

La infancia de la narradora está marcada por la observación y el descubrimiento durante las visitas, aunque su participación en el evento social es limitada, ya que, tradicionalmente, los

niños son excluidos de las conversaciones adultas: “Los niños no asistíamos al ritual de las visitas. En contadas ocasiones se nos permitía únicamente saludar” (p. 217). Carme Riera también refleja las relaciones familiares y sociales a través de estas visitas, en las que amigos y parientes son considerados parte esencial de celebraciones importantes: “Personas a las que era obligado invitar por los santos y cumpleaños y con mayor motivo si se celebraban bodas, bautizos o primeras comuniones” (p. 221).

Carme Riera utiliza la casa de la infancia como símbolo de resistencia contra los cambios y el olvido que trae el paso del tiempo y la modernidad. En este espacio, la vida privada y la vida social se combinan, creando un entorno que conserva las costumbres y valores de una época anterior, uno donde aún se respetan las tradiciones familiares y colectivas.

A través de la descripción de rituales domésticos, como la renovación de los colchones en primavera, la narradora recuerda y celebra un pasado en el que las tradiciones familiares y sociales eran esenciales para la identidad de la comunidad:

Cada año, al llegar el buen tiempo de primavera, se «hacían» los colchones. A mí me encantaba verlo. Muy de mañana esperaba la llegada del colchonero con sus ayudantes [...] Cargaban con los colchones y los subían a la azotea, donde empezaba el trabajo de deshacerlos [...] La lana, después de vareada una y otra vez, quedaba mullida, suave, limpia y esponjosa. Ya sólo restaba volver a meterla en las fundas de cada colchón y así lo hacían, casi copo por copo. (pp. 147-148)

La casa, en este sentido, funciona como una fortaleza que resiste los cambios y ofrece refugio frente a los efectos del tiempo. Simboliza un espacio de continuidad que permite tanto a la narradora como al lector imaginar un mundo precedente a la modernidad, un mundo en el que el progreso aún no había despersonalizado las relaciones humanas y donde la tradición seguía siendo el eje rector de las interacciones sociales y familiares.

También, la casa se presenta como un espacio que une la vida privada con la memoria colectiva, sirviendo como refugio de la tradición y la cultura premoderna. Es un lugar donde los recuerdos y las costumbres del pasado se preservan y se reviven a través de la escritura. El colchonero, al igual que otros personajes como el lechero o el hombre del hielo, representa un mundo que ha desaparecido debido a los avances de la modernidad y la industrialización. Estos personajes, que antes desempeñaban trabajos esenciales en la vida cotidiana, ahora son parte de un pasado idealizado, rescatado a través de la nostalgia. La actitud hacia estos antiguos oficios se confirma con el uso de adjetivos positivos, como: “la lana ... suave, limpia”, “el agua fresquísima”, o bien, los “gloriosos pugilatos” (p.213). Estos elementos son evocaciones de un mundo que, aunque ya no es accesible, se convierte en un símbolo de la pureza y el encanto de tiempos más simples, antes de que los procesos de industrialización transformaran radicalmente la sociedad.

Finalmente, podemos decir que la nostalgia hacia las costumbres en *Tiempo de inocencia* no es sólo un sentimiento de añoranza por el pasado, sino que también puede interpretarse como una forma de resistencia al olvido y una crítica implícita a los cambios impuestos por la modernidad.

Al recordar y narrar estas prácticas, la protagonista está preservando una parte esencial de su identidad, y, al mismo tiempo, contribuye a mantener viva la memoria cultural de una comunidad. Estas tradiciones, aunque ya no existan en la misma forma, siguen vivas en la memoria de la protagonista, lo que le permite mantener una conexión con sus raíces.

5- La nostalgia y la identidad:

En *Tiempo de inocencia* de Carme Riera, la nostalgia se presenta como una herramienta clave para la construcción de la identidad de la narradora. A través de los recuerdos del pasado, de los espacios que habitó y de las personas con las que creció, la autora utiliza la nostalgia no sólo como un regreso al pasado, sino como un medio para entenderse a sí misma y su relación con las diferentes facetas de su vida.

A lo largo de la obra, Riera reflexiona cómo su identidad se forma en relación con el lugar en el que vivió sus años formativos. Aunque nació en Barcelona, es en Palma de Mallorca donde pasó su infancia y adolescencia. Este sentimiento de pertenencia no se basa únicamente en el hecho de haber vivido allí, sino en la importancia que esos años tuvieron en su desarrollo personal. La autora subraya que Mallorca donde creció, es un espacio emocional y simbólico que le permitió moldear su carácter, valores y visión del mundo: “En Palma viví toda la niñez y adolescencia, hasta que me fui a estudiar a Barcelona. Me considero, en consecuencia, mallorquina, porque en la isla pasé los años fundamentales de mi formación como persona...” (p.14). Así, la fuerza de la relación emocional con la isla es tan poderosa que, aunque mantiene fuertes lazos con Cataluña - por ejemplo, por la conexión de su familia materna y su vida posterior en Barcelona-, Mallorca es lo que define su identidad más profunda.

También, la casa de Palma, adquirida por su bisabuelo y descrita con gran detalle, se convierte en espacio cargado de significados y vivencias que forman la identidad de la narradora, siendo un recuerdo constante de sus orígenes y de la historia familiar: “La casa de Palma, donde pasé la niñez y la adolescencia, la había comprado el bisabuelo hacia 1880. Construida con sillares de piedra de Santanyí, hasta hace poco característicos de la arquitectura mallorquina” (p. 36).

La narradora menciona cómo las diferentes ramas familiares se distribuyen por los distintos pisos de la casa, y cómo la casa refleja los conflictos y tensiones familiares que la protagonista vive a lo largo de su vida: “Los tres pisos de la casa, comunicados por dentro, quedaron distribuidos según las distintas facciones familiares. Desde los cuatro años aprendí a escuchar y a callar. Sabía que no podía comentar nada de lo que oía cuando las distintas facciones familiares se criticaban” (p. 37).

Dentro de la casa de Palma, la narradora vive doble vida desplazándose entre el piso superior (donde se encuentra con la abuela) y el entresuelo (en el que habitan sus padres): “A menudo me preguntaba de dónde era yo, a quién pertenecía. Dormía arriba, comía abajo...” (p.37), este contraste entre los distintos pisos y las visiones de las diversas ramas familiares causa una sensación de desarraigo, que influye en su propia identidad.

En contraste con la casa de Palma, la casa de Sa Marineta, ubicada en un entorno más natural y luminoso, también se presenta como un espacio cargado de nostalgia, pero de una nostalgia diferente, más vinculada a la libertad, apertura y a la conexión con la naturaleza. Sa Marineta es descrita como un lugar luminoso, rodeado de belleza natural: “La casa, a tres kilómetros del pueblo de Deià, rodeada de naturaleza, está en las antípodas de la casa de Palma” (p. 38), donde la luz, el mar y la naturaleza juegan un papel crucial en la formación de la identidad de la narradora, creando un contraste con la oscuridad y la humedad de la casa de Palma, que cargada, también, de historia y tensiones familiares.

A medida que va creciendo, la narradora se siente cada vez más desarraigada, y su nostalgia se convierte en una forma de expresar sus propios sentimientos de alienación, lo que refleja cómo los recuerdos de la niñez, aunque lejanos, siguen marcando su identidad, conformando un espacio emocional que la narradora revisita constantemente:

A veces, de mayor, al sentirme poco arraigada y más bien fronteriza, a menudo outsider, he pensado que si lo soy es por culpa de aquella niña que, pese a haber muerto hace muchos años, todavía se me aparece alguna vez acurrucada en un escalón.
(p.37)

Esta diferencia también subraya cómo la nostalgia por los espacios físicos contribuye a la percepción de sí misma, ya que cada lugar ofrece una visión distinta de lo que significa “hogar”.

La nostalgia por la abuela Catalina es más que un simple sentimiento de añoranza. Es también una forma de honrar su memoria y mantener viva su legado. Al recordar a su abuela, la narradora está construyendo su propia identidad y estableciendo conexiones con su pasado. La abuela es presentada como la persona que más influyó en la infancia de la narradora. Su presencia constante y su disposición a compartir su vida con la narradora crean un espacio seguro donde los recuerdos pueden florecer. La afirmación de que “la abuela fue probablemente la persona que más me influyó durante la infancia. Yo me pasaba muchos ratos a su lado, haciéndole compañía, entretenida con sus historias, que jamás incluyeron cuento alguno” (p.20), es mucho más que una simple frase. Este reconocimiento no sólo destaca la importancia de la abuela en su vida, sino que también implica que la identidad de la narradora está profundamente relacionada con los recuerdos y enseñanzas que esta le transmitió.

La abuela, también, representa una conexión profunda con el pasado, ya que su vida está entrelazada con los recuerdos de la narradora. La abuela no sólo le relata historias de su vida, sino que las presenta de manera más comprensibles y significativas para la niña. De esta manera, elle participe en el aprendizaje y la madurez de su nieta: “Lo que sí puedo asegurar es que a medida que yo crecía ella iba adaptando a mi edad lo que ya consideraba apropiado que supiera” (p. 20).

Como representante de una generación anterior, la abuela se convierte en un nexo significativo entre las tradiciones familiares y la infancia de la protagonista, conectando el pasado con el presente a través de su sabiduría práctica y emocional. Su intervención no se limita a resolver el

problema inmediato de la negativa de la niña a asistir al colegio; en cambio, busca ir más allá, utilizando la situación como una oportunidad para transmitir valores fundamentales que le servirán en el futuro: “¿No ves que si todos anduvierais de un lado para otro de la clase no os podrían enseñar nada? Para moverse hay que esperar al recreo...” (p.81). Cuando le aconseja que espere al recreo para moverse en clase, no solo le está hablando de disciplina, sino que también muestra su comprensión hacia las inquietudes y deseos de los niños. La narradora adulta recuerda este momento con gratitud, apreciando la manera en que su abuela la ayudó a comprender el valor de la disciplina y la cooperación de una manera constructiva y amorosa.

Al otro lado, la protagonista menciona que le costó mucho tiempo reconciliarse con los Estados Unidos debido al desprecio que su abuela le había transmitido hacia el país, asociado con las mentiras que llevaron a la pérdida de las colonias españolas. Esto muestra cómo las emociones relacionadas con recuerdos familiares pueden perdurar y afectar la visión individual del mundo, desafiando y transformando las enseñanzas recibidas en la infancia:

Tal vez por eso, porque me contagió su desprecio por los norteamericanos, que tantas infamias publicaron de Weyler, tuvieron que pasar muchos años para que me reconciliara con los Estados Unidos y llegara a aceptar hasta qué punto hay aspectos positivos en su manera de entender el mundo. (p. 200)

También, la nostalgia hacia la tía Celestina, quien representa una figura maternal y protectora, va más allá de los recuerdos de momentos felices; está relacionada con la construcción de la identidad de la protagonista. La tía es una figura que encarna los valores tradicionales y normas sociales muy específicas de una época pasada, con creencias sobre los roles de género y la posición social que reflejan una visión del mundo muy estructurada. Su manera de entender el papel de cada persona, ya sea hombre o mujer, rico o pobre, refleja su visión conservadora, que define qué debe hacer cada uno según su lugar en la sociedad: “Tenía muy claro lo que le correspondía hacer a cada cual, fuera hombre o mujer, de clase alta o baja, de acuerdo con unas teorías que por fortuna nadie defiende hoy en día” (p. 34).

En el mismo sentido, Carme Riera, en *Tiempo de inocencia*, retrata a los personajes masculinos de su familia como símbolos de un mundo ligado a la autoridad y al prestigio social, este contraste se vuelve evidente frente a los roles domésticos y tradicionales que se imponen sobre las mujeres. Figuras como el padre y el tío abuelo Fernando gozan de una posición privilegiada, donde se destacan tanto la libertad de acción como el reconocimiento social.

En este fragmento, la autora refleja una experiencia profundamente personal por aprender a leer mostrando la influencia significativa que la figura paterna en la construcción de su identidad. Esta vivencia infantil, marcada por la vergüenza y la sensación de inferioridad, se convierte en un punto de partida para reflexionar sobre su identidad y su trayectoria como escritora. Pues, al recordar este episodio, a un lado, se cuestiona quién es y cómo se ha convertido en la escritora que es actualmente. Por otro lado, al revivir estas experiencias, la autora encuentra material para su obra literaria y profundiza en su comprensión de sí misma:

Aprendí a leer a los siete años, muy tarde en relación con mis compañeras [...]. Las monjas Trinitarias, [...] alertaron a mi madre de mis dificultades. Justo el día en que empezaban las vacaciones asistí muy avergonzada a la conversación entre la monja y mi madre, con la sensación de que, en efecto, era tonta de capirote [...]. Me parecía que mi incapacidad debía de ser una carencia personal, algo parecido a tener los ojos castaños y no azules [...]. Mi madre le contó a mi padre el dictamen de las monjas y su diagnóstico: quizá era un poco retrasada. Como a mi padre eso de tener una hija torpe no le debía de gustar nada, intentó otro camino. (pp. 92-93)

Así, el padre de la protagonista juega un papel fundamental en su formación cultural al introducirla en el mundo de la lectura, ya que, gracias a su intervención y a la elección de un texto específico, la niña, que inicialmente enfrentaba dificultades para aprender a leer, descubre el placer de la lectura y el poder de las palabras para evocar emociones. De este modo, el proceso de aprendizaje de la niña se convierte en un reflejo de la construcción de su identidad a través de la lectura:

Una tarde, sentada en su regazo, me leyó la “Sonatina” de Rubén Darío. Me entusiasmó, me pareció un cuento maravilloso, y pensé que también, en cierto modo, se refería a mí. [...] Aunque había palabras que no había oído nunca, que no entendía.
-¿Puedes volver a leerlo, por favor, papá?
-Te lo volveré a leer otra vez, y cuando aprendas, podrás leerlo tú, todas las veces que quieras. (p. 93)

Podemos añadir que el recuerdo de la biblioteca en casa refleja una sensación de nostalgia por la infancia, una época en el que el mundo parecía lleno de posibilidades y la lectura era una aventura constante. Este espacio íntimo, lleno de libros, nos lleva a comprender la importancia de la lectura en la formación de la identidad de la narradora, y cómo su niñez está marcada por esos momentos de autodidacta, donde el hogar y la biblioteca se entrelazan con los recuerdos felices de una infancia en la que la lectura no sólo se convierte en un refugio, sino fue un elemento esencial de su desarrollo personal:

El descubrimiento de la lectura fue, sin duda, una de las cosas más importantes y mejores que me han pasado en la vida. No sólo porque ya no necesitaba que me leyeran sino porque podía leer lo que me apeteciera. En casa había una buena biblioteca en la que me gustaba mucho entrar. (p. 96)

Del mismo modo, el tío abuelo Fernando, cuya biblioteca queda abandonada tras su muerte, ejemplifica cómo los libros pueden pasar de ser un reflejo de la identidad de una persona a convertirse en simples objetos sin valor para los demás: “Lo había encontrado junto a los libros del tío Fernando, que a su muerte habían quedado en su biblioteca sin que nadie les hiciera caso. Como buen dandi finisecular” (p.231). Este detalle simboliza el olvido de los valores y conocimientos de una generación anterior, reforzando la nostalgia en el relato. Así, a través de este personaje, Riera nos refleja cómo estos recuerdos son fundamentales en la construcción de

la identidad de la protagonista y en su pasión por la literatura, consolidando su valor y reconocimiento en su propia historia.

Lo que reafirma Riera en El epílogo de la obra, que se considera como un espejo que refleja la intención de la autora. Pues, ella misma une el acto de escribir con el de recuperar el pasado, buscando en la memoria aquellos fragmentos que definieron su identidad, según sus palabras: “Recuperar el pasado es un truco, uno de tantos que los humanos usamos para aferrarnos a la vida” (p. 246). De esta manera, busca que esa etapa de su vida, aunque breve y frágil, no sea olvidada con el paso del tiempo.

La relación entre la narradora y su abuelo Pau se entrelaza con la nostalgia y la construcción de la identidad, similar a lo que se observa con el tío abuelo Fernando y su biblioteca. A través de sus recuerdos compartidos, la autora muestra un mundo lleno de emociones que le permiten reconectar con su infancia, podemos decir que, al igual que los libros del tío abuelo Fernando, las interacciones con su abuelo dejan huellas significativas que enriquecen su identidad. El abuelo Pau representa una figura rebelde y libre, que se opone a las normas establecidas y fomenta la imaginación y la espontaneidad en la niña. Esta actitud crea un contraste con el ambiente más rígido de la familia causando una nostalgia por aquellos momentos de libertad. Esto aparece evidente desde el comienzo, cuando la narradora recuerda que nunca llamaba “abuelo” a Pau, sino simplemente “Pau”, algo que molestaba a su tía (p. 24). Sin embargo, para el abuelo, ese gesto no representaba una falta de respeto, sino una afirmación de su cercanía con la nieta: “Si ella quiere llamarme Pau, que me llame Pau, a mí no me importa. Además, prefiero Pau que abuelo. Suena mejor” (p.24).

También, la narradora recuerda con cariño cómo, a pesar de las prohibiciones familiares, su abuelo le prometía escapar juntos y jugar en la calle sin restricciones: “me dejaría andar a mis anchas y podría correr y saltar sin tener que ir cogida de su mano y que nos llevaríamos la pelota, [...]. El pobre abuelo nunca consiguió salir conmigo,” (p.25). Estos momentos compartidos, llenos de juegos de pelota y conversaciones sobre animales, reflejan la influencia de Pau en la imaginación de la narradora, quien comienza a desarrollar una visión fantástica del mundo. Por ejemplo, el abuelo propone que: “Las comunicaciones mundiales cambiarían cuando las palomas mensajeras y los loros se pudieran ‘casar’, porque del cruce saldrían unas palomas que transmitirían los mensajes de viva voz” (p.25). Así, las historias fantásticas de Pau no sólo son un elemento divertido y entretenido de la narrativa, sino que también desempeñan un papel fundamental en la formación de la identidad de la narradora.

La nostalgia alcanza su auge cuando la protagonista recuerda la muerte repentina de Pau: “Recuerdo que me puse muy triste. Fue una muerte repentina, de una pulmonía fulminante, una noche de Viernes Santo” (p.28). Este pasaje está cargado de emoción, ya que marca el final de la relación física con el abuelo, pero no el final de su presencia en su memoria. La tristeza y la nostalgia por su figura se intensifica con el paso del tiempo, convirtiéndolo en un personaje inolvidable y añorado. Al fin, se puede decir que, el abuelo Pau y el tío abuelo Fernando, aunque

presentan enfoques distintos, ambos ofrecen, a su manera, herramientas que le permiten a la narradora construir su identidad.

Continuando con la nostalgia y su conexión con la infancia, en el epílogo de la obra, la autora contrasta su primera etapa de la vida con la de los niños del siglo XXI, deseando que los niños de hoy sean felices y estén libres de las dificultades y ansiedades que ella vivió. Según sus palabras: “La suya [...]es más próspera y más feliz que la nuestra, al menos que la mía” (247). Esta reflexión demuestra la evolución cultural y social a lo largo del tiempo, destacando cómo los contextos cambian las experiencias de la niñez.

6- La nostalgia y la memoria social

En *Tiempo de inocencia*, Carme Riera expresa profundamente la relación entre la nostalgia y la memoria social a través de la distinción entre espacios privados y públicos. En el espacio privado, representado por el hogar, la autora recupera recuerdos íntimos que permiten una conexión con su identidad individual. En contraste, el espacio público se revela como un escenario donde la memoria colectiva se manifiesta a través de tradiciones y prácticas compartidas, ofreciendo un sentido de pertenencia más amplio.

Más allá de una nostalgia personal, Riera presenta una nostalgia colectiva por los ideales republicanos y por aquellos que sacrificaron sus vidas en defensa de la democracia. Este periodo de postguerra, marcado por la ideología franquista, se refleja en pequeños detalles, pero significativos como la costumbre de dejar una silla vacía en las aulas universitarias para honrar a “los caídos por Dios y por España” (p. 15), pero nunca para aquellos que defendieron el gobierno republicano: “Para los otros ‘caídos’, los que murieron defendiendo el gobierno legalmente constituido, para aquéllos no había ni silla vacía ni recuerdo” (p.15). A través de este pasaje, la autora reconstruye una memoria colectiva que se entrelaza con su identidad personal.

Podemos observar que, a lo largo de la obra, la autora presenta la memoria de la Guerra Civil española desde una perspectiva infantil, llena de nostalgia y un análisis crítico de los efectos de la guerra en su entorno familiar. La protagonista recuerda cómo, desde muy pequeña, la guerra era una presencia constante en las conversaciones de los adultos: “La palabra guerra tenía sin embargo una textura cotidiana. Crecí oyéndola muy a menudo en las conversaciones de los mayores” (p. 49). Aunque la guerra ya había terminado, los recuerdos y relatos de los mayores la mantenían viva su memoria en el hogar. Esta nostalgia no es tanto por la guerra en sí, sino por el ambiente de historias y recuerdos que se escuchaban y compartían en su hogar.

La guerra civil, también, se presenta como una memoria social nacional, en la que los horrores del conflicto y los testimonios de quienes lo sobrevivieron, se cruzan con las ideologías políticas de la época. En el caso de los miembros de la familia de la narradora, las diferentes lealtades políticas y las vivencias personales durante la guerra cambiaron profundamente sus destinos. Por ejemplo, su madre pasó la guerra en Barcelona, mientras que su padre estuvo en Mallorca, lo que permitió que se conocieran y, de alguna forma, el camino de ambos quedara marcado por el

conflicto: “Mi padre no solía hablarnos demasiado de la guerra, sólo alguna vez para ponerla como ejemplo de la imbecilidad humana y del fracaso de la inteligencia. Alguna otra, al recordar a los soldados a quienes vio morir, destrozados por la metralla” (p.50).

La crítica social está implícita en la descripción de las experiencias de su padre en el frente y la irracionalidad de la guerra: “Mi padre no solía hablarnos demasiado de la guerra, sólo alguna vez para ponerla como ejemplo de la imbecilidad humana y del fracaso de la inteligencia” (p.50). Aquí, Riera rescata la perspectiva de su padre, quien fue testigo del sufrimiento y la muerte en el campo de batalla. Es una crítica no sólo al conflicto en sí, sino a las consecuencias que dejó en las vidas de sus padres y de toda una generación, marcándolos profundamente.

La mirada nostálgica de la autora se manifiesta en el contraste entre lo que la niña percibe de forma inocente y la comprensión más profunda que adquiere con el tiempo sobre el contexto político y social de la época. Aunque, inicialmente, las reuniones de los mayores son vistas como simples encuentros misteriosos, sin embargo, a medida que la narradora crece, descubre la verdadera naturaleza de estas reuniones; conspiraciones políticas contra el régimen franquista: “Mi padre militó contra Franco en la clandestinidad, junto a un grupo de mallorquines” (p. 73).

La presencia de la abuela en los recuerdos de la narradora adulta carga el relato de nostalgia, ya que, la abuela no sólo representa un personaje individual, pero encarna la experiencia de una generación entera que vivió bajo la sombra de la guerra y la dictadura franquista. La abuela es quien introduce a la niña en el mundo de los secretos, instándola a guardar silencio sobre lo que ha visto o escuchado. Este comportamiento protege al padre, y sirve para mantener la memoria de tiempos difíciles que la niña, en su inocencia, aún no puede comprender: “Nada de nada de nada, porque quién sabe si volveríamos a ver a tu padre” (p. 72).

A través de los relatos de la abuela sobre los antepasados y las historias familiares, que se convierten en una manera de transmitir la memoria colectiva a nuevas generaciones, fomentando una comprensión más profunda de lo que significa pertenecer a una determinada historia familiar y cultural. Un claro ejemplo es el relato de la abuela sobre sus ancestros, particularmente cuando describe a los dos señores retratados en los cuadros familiares: “Éste es mi abuelo y este otro, mi tatarabuelo, me decía. Ambos nos miraban desde una altura considerable, colgados junto al gran espejo que presidía la pared del fondo del salón” (p.44). La narradora no sólo observa estos rostros, sino que también es consciente de la historia que representan, de las vidas y las luchas de estos antepasados, quienes forman parte de una memoria colectiva de la familia y la colectividad.

También, la figura del mestre Pedro, encarna el valor de la sabiduría y la experiencia vivida, en un contexto donde la educación formal no era accesible, su capacidad para recordar vivencias a lo largo de los años, lo convierte en un testigo de la historia colectiva de su generación, particularmente los recuerdos de su juventud en Marsella. La frase “«El sabor del hambre», matizaba, porque durante su infancia muchas noches se había ido a la cama con el estómago vacío, y también el sabor del miedo” (p.108), no refleja el sufrimiento personal de mestre Pedro, pero presenta una memoria social compartida que se transmite de generación a generación.

El miedo nocturno de la narradora se relaciona fuertemente con la figura del mestre Pedro y su experiencia compartida de sufrimiento en la infancia. El mestre recuerda dificultades como el hambre y el miedo a la violencia, mientras que la narradora enfrenta la ansiedad de los asaltos a la casa mientras duerme, y describe cómo pasaron las noches en vela temiendo a ladrones y asesinos como una experiencia profundamente personal. Sin embargo, este temor trasciende su vivencia individual para convertirse en una realidad compartida por muchas familias de la época, para quienes las noches eran momentos de incertidumbre: “A medida que la noche avanzaba y todo el mundo se iba a dormir, mi miedo crecía. ¡Qué suerte tienen mis hermanos de compartir habitación!, pensaba yo, acurrucada entre las sábanas, pendiente de los ruidos y el corazón latiéndome con fuerza” (p. 125). En ambos casos, el sufrimiento personal se convierte en un eco de la experiencia colectiva de sus comunidades.

Antes de terminar, cabe destacar que El epílogo de *Tiempo de inocencia* de Carme Riera es una reflexión profunda sobre la memoria, la infancia, subrayando la importancia de estas experiencias en la vida de una persona y en el proceso de autoexploración a sí misma. La llegada de su nieta, Marina, la evoca a recordar su propio pasado y las lecciones aprendidas durante su infancia, según su declaración: “El nacimiento de mi primera nieta [...] me ha impulsado en gran manera a ir deshilvanando esos recuerdos de la madeja de la memoria” (p. 246).

Según Riera, la infancia, es una etapa fundamental en la formación de la persona. Durante esos primeros años se define nuestra identidad y se establece una relación profunda entre el pasado y el presente: “La niñez es una etapa corta pero fundamental de nuestra existencia” (p. 246).

La escritora enfatiza la importancia de la mirada infantil, de esa capacidad de ver el mundo con ojos nuevos. Al recuperar la voz de la niña que fue, Riera busca conectar con esa parte más auténtica de sí misma y compartirla con el lector: “He procurado respetar su punto de vista y no enmendarlo, aunque no coincidiera con el mío actual” (p. 247).

La autora plantea que, al alcanzar una etapa avanzada de la vida, las personas suelen regresar emocional y mentalmente a una época en la que nos sentíamos más jóvenes, más vitales y menos preocupados por el futuro. Al recordar momentos significativos, revivimos las emociones y experiencias que nos dieron sentido y que siguen siendo una parte esencial de nuestra identidad: “Cuando nos quedan menos años por vivir que los vividos, solemos iniciar un cierto regreso hacia aquellos días, cada vez más lejanos, pero también más presentes” (p.246).

Para terminar, *Tiempo de inocencia* muestra que la nostalgia es mucho más que un sentimiento de añoranza; es una fuerza activa que permite reconstruir el pasado, darle valor y encontrar significado en él. A través de la mirada nostálgica de la protagonista, la obra nos invita a reflexionar sobre cómo nuestros recuerdos pueden ser herramientas poderosas para el autoconocimiento y el crecimiento personal. Al aceptar y valorar nuestro pasado, encontramos un sentido de continuidad que nos ayuda a entender y enfrentar nuestro presente. Así, la nostalgia se convierte en un acto de resistencia y, sobre todo, de amor hacia lo que fuimos y lo que somos.

7- Conclusiones

-La nostalgia en *Tiempo de inocencia* de Carme Riera no se limita a un anhelo por el pasado, sino que se convierte en una herramienta narrativa que permite reflejar la complejidad de la memoria y la identidad, ya que la protagonista lo reinterpreta para encontrar un significado emocional y creativo a través de los recuerdos detallados de momentos, personajes y espacios significativos de su infancia. Este tipo de nostalgia no idealiza el pasado de forma absoluta, pero lo transforma en una fuente de reflexión sobre el presente.

- En la obra, Riera presenta la nostalgia hacia las personas como un elemento central en la configuración de la identidad y la memoria de la protagonista, lo que pone de manifiesto la huella profunda que las figuras del pasado han dejado en su vida. A través de estos recuerdos, la narradora resignifica experiencias que, aunque ya no forman parte de su presente, siguen influyendo en su manera de percibirse a sí misma y al mundo que la rodea.

-La nostalgia hacia los espacios físicos en la obra no se limita a mención de lugares concretos, pero se considera un mecanismo narrativo que permite reflejar la relación entre el individuo, la memoria y el entorno. Estos lugares se transforman en una prolongación de la propia identidad de la protagonista, mostrando cómo el espacio físico influye en la construcción de su identidad.

-Otro aspecto que merece atención es el uso de los sentidos como herramienta narrativa. Riera no sólo describe los espacios físicos, sino que los presenta a través de olores y sonidos. Este enfoque además de que enriquece la narrativa, permite al lector experimentar la nostalgia de manera sensorial y subraya cómo la memoria está íntimamente conectada con las experiencias sensoriales.

-Asimismo, la nostalgia hacia las costumbres y tradiciones puede verse como una forma de resistencia al olvido. En un mundo que cambia rápidamente y las formas de vida tradicionales desaparecen, el recuerdo de estas prácticas permite a la protagonista reafirmar su identidad y mantener vivas las experiencias que la han formado.

-Además, la obra destaca cómo la nostalgia puede funcionar como un puente entre lo personal y lo colectivo. Los recuerdos de la narradora no se limitan a su experiencia individual, sino que también reflejan las vivencias de una generación que compartió un contexto histórico y social específico. Lo que refleja cómo la nostalgia puede ser una fuerza poderosa para conectar lo individual con lo colectivo, y para mostrar cómo el pasado sigue influyendo en el presente, tanto a nivel personal como social.

- Carme Riera demuestra que la nostalgia no es simplemente un sentimiento pasivo o melancólico, pero una fuerza activa y transformadora que permite reconstruir, dar valor y significado al pasado, transformando las memorias en una fuente de fortaleza y autoconocimiento. Así, el pasado no se vive como una carga, sino como un sustento sólido sobre el cual construir el presente y el futuro.

Bibliografía

- Álvarez-Blanco, P. (2004). *La nostalgia y la narrativa española contemporánea: Entre la lucidez y la locura*. University of Colorado, Boulder.
- Caudet, F. (2002) *Memoria y representación en la narrativa española contemporánea*. Sociohistórica, (11-12). Disponible en: <http://www.sociohistorica.fahce.unlp.edu.ar/> (20-10-2024).
- Estrada Gómez, D. (2019). *La nostalgia como modelo histórico en la construcción narrativa de 2010: Chile en llamas*. Santiago de Chile. Disponible en: http://www.fuentesmemoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.3066/pr.3066.pdf (20-10-2024).
- Muñoz, M. (2007). “Nostalgia, guerra civil y franquismo en la narrativa española de finales del siglo XX”. *Revista de Filología y Lingüística de la Universidad de Costa Rica*, 33(2), 111-123.
- Muñoz Ocampo, J. S. (2013). *La nostalgia como deseo de retorno: Una comprensión desde la psicología de orientación psicoanalítica y la literatura*. Universidad de San Buenaventura.
- Riera, C. (2013). *Tiempo de inocencia*. Alfaguara.
- Rodríguez, Darío. 1990. “Acerca de la Nostalgia”. *Revista de Estudios Sociales*. 66 (4): 11- 28.
- Vigna, G. A. (2016). “(Re)construcción del recuerdo y del paisaje en las memorias de la infancia, *Tiempo de inocencia*”. *Revista de Estudios Literarios*, 11(1). Universidad de Valladolid.
- Vigna, G. A. (2016). *Ese yo que yo no soy: Autobiografemas en Tiempo de inocencia de Carme Riera*. Universidad de Valladolid.